



Bulletin de l'Institut français d'études andines

ISSN: 0303-7495

secretariat@ifea.org.pe

Institut Français d'Études Andines

Organismo Internacional

Sinardet, Emmanuelle

A la costa de Luis A. Martínez: ¿la defensa de un proyecto liberal para Ecuador?

Bulletin de l'Institut français d'études andines, vol. 27, núm. 2, 1998

Institut Français d'Études Andines

Lima, Organismo Internacional

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=12627205>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

A LA COSTA * DE LUIS A. MARTÍNEZ: ¿LA DEFENSA DE UN PROYECTO LIBERAL PARA ECUADOR?

Emmanuelle SINARDET **

Resumen

Muchos han visto en *A la Costa* una novela de tendencia costumbrista, testimonio de la realidad social y política del Ecuador a finales del siglo XIX y comienzos del XX. En efecto, la novela pretende describir el conflicto tradicional social, económico, político entre Sierra y Costa. Pero es también, y ante todo, la defensa de un proyecto liberal para Ecuador, desarrollando una sistemática demostración ideológica. Además, propone una lectura del sentido de la vida y una reflexión sobre el porvenir del hombre cuyo alcance va más allá de la defensa de un proyecto ideológico. Sin duda son estos matices, introducidos a lo largo de la narración, los que permiten que la obra escape del estatuto de novela ejemplar y testimonial para proponer una visión autónoma y creativa.

Palabras claves: *Ecuador, liberalismo, conservadurismo, novela, Luis A. Martínez.*

A LA COSTA DE LUIS A. MARTÍNEZ : LA DÉFENSE D'UN PROJET LIBÉRAL POUR L'ÉQUATEUR ?

Résumé

A la Costa est souvent analysé comme une peinture de mœurs, témoignage de la réalité sociale et politique de l'Équateur de la fin du XIX et du début du XX. En effet, ce roman prétend décrire le conflit traditionnel qui oppose socialement, économiquement et politiquement les Andes et la Côte. Mais il se présente aussi et surtout comme la défense d'un projet libéral pour l'Équateur et développe une démonstration idéologique systématique. En outre, il propose une lecture du sens de la vie et une réflexion sur le devenir de l'homme dont la portée dépasse largement l'argumentation idéologique. Ce sont sans aucun doute ces nuances, introduites tout au long de la narration, qui permettent à l'œuvre d'échapper à son statut exemplaire, simple témoignage d'une époque, pour proposer une vision personnelle et créative.

Mots-clés : *Équateur, libéralisme, conservatisme, roman, Luis A. Martínez.*

* Martínez, 1989[1904].

** IFEA-Ecuador: Apartado 17-11-6596 - Quito, Ecuador.

THE NOVEL *A LA COSTA* OF LUIS A. MARTÍNEZ: THE DEFENSE OF A LIBERAL PROJECT FOR ECUADOR?

Abstract

The novel *A la Costa* has often been analyzed as a portrait of national customs, a testimony to the social and political realities of Ecuador at the end of the 19th century and the beginning of the 20th. In effect, this novel intends to describe the traditional social, economic and political conflicts between the Sierra and the Coast. However, more than anything else, it defends a liberal project for Ecuador, developing a systematic, ideological proof. More over, it offers an understand of life itself, and a reflection of mankind's destiny that extends beyond a mere defense of an ideological project.

Key words: *Ecuador, Liberalism, Conservatism, Novel, Luis A. Martinez.*

INTRODUCCIÓN

En 1895, en el Ecuador, el liberal Eloy Alfaro toma el poder con el apoyo de la potente oligarquía del cacao. Comienza para el país un período de reformas económicas, ideológicas y políticas llamado “Revolución liberal”, fruto de la ascensión de la burguesía guayaquileña enriquecida por el cultivo y la exportación del cacao. Muy temprano ésta va enfrentándose con la tradicional “aristocracia” latifundista de los Andes cuyos intereses son totalmente diferentes. Si los latifundistas luchan por mantener un sistema económico y social heredado del período colonial, apoyándose en la Iglesia que lo justifica y lo controla, los agroexportadores de cacao exigen reformas que aceleren la integración del Ecuador en el mercado capitalista internacional (1).

El nuevo régimen liberal, si logra ocupar el poder en 1895, es consciente de su relativa debilidad política. Pues los conservadores y su potente tradicional aliado, la Iglesia, gozan de una base ideológica amplia y sólida en el país. La supervivencia del régimen liberal depende de su capacidad de “convertir” al país a su ideología para ampliar la base popular de su poder. La estrategia del nuevo régimen debe ser doble y simultánea: destruir los pilares ideológicos conservadores y reemplazarlos con centros de difusión liberal.

En un país profundamente católico, cuyas estructuras estatales y culturales vienen íntimamente vinculadas con la Iglesia, destruir las fuentes de producción ideológicas conservadoras significa erradicar de la vida pública la influencia clerical. En otras palabras, significa llevar a cabo una laicización radical de todos los sectores de la vida nacional: económicos, políticos, culturales. Desde su llegada al poder, el liberalismo ecuatoriano define como prioridad la laicización de las estructuras de poder (2).

(1) La tradicional oposición Sierra-Costa que sintetizamos aquí de forma algo esquemática no es tan clara. Los grupos de intereses suprarregionales existen, estableciendo alianzas, compartiendo proyectos y estrategias de poder, como lo subraya Deler (1981).

(2) Las medidas más significativas para reducir el dominio de la Iglesia no son tomadas inmediatamente sino en un proceso de más de 10 años, dada la violenta oposición conservadora ultramontana. En 1896, la libertad de prensa le quita al clero su tradicional poder de censura. En 1899, la ley de patronato le quita la administración de los hospitales y hospicios. En 1902, se instauran el matrimonio civil y el divorcio. En 1906, se seculariza la escuela primaria que se convierte en una escuela obligatoria, gratuita y laica; y en 1908, se nacionalizan los bienes de la Iglesia.

Desde luego, los conservadores y la Iglesia reaccionan defendiendo sus intereses, organizando desde Colombia un ejército que debe restablecer la religión, derrotado en San Miguel de Chimbo, o instaurando debates y polémicas desde Quito que intentan limitar el alcance de las medidas liberales en favor de la secularización. En este violentísimo clima de lucha ideológica que casi desemboca en una guerra civil, se radicalizan las posiciones de los liberales y de los conservadores. Los debates invaden todos los espacios de la vida nacional, desde los periódicos hasta los pulpitos de las iglesias, sin exceptuar la literatura.

Luis A. Martínez (1869-1909) es una figura ejemplar de la compromisión de muchos ecuatorianos, tanto a nivel político como literario, en los debates de la Revolución liberal. Actor del liberalismo, se destaca como Jefe Político de Ambato y, en 1903, como subsecretario de Instrucción Pública, defendiendo la secularización tanto del Estado como de las mentalidades a través de las reformas educativas en favor de una escuela “nueva”, librada de la enseñanza religiosa, modernizada por pedagogías de índole positivista que pretenden desarrollar el sentido crítico del niño, su dedicación al trabajo, su iniciativa y su curiosidad, orientándole hacia lo útil y lo práctico gracias a la enseñanza de las ciencias y técnicas. Es que Martínez, liberal convencido, comparte con el liberalismo positivista de la Revolución alfarista de 1895 el proyecto social que pretende reformar enteramente al país, según los liberales estancado por decenios de influencia conservadora-clerical tradicionalista y preso del oscurantismo heredado de la Colonia, para encaminarlo hacia el “progreso”. Por lo tanto, no se conforma con tomar parte en los debates y luchas de la época como hombre político, sino que desarrolla en textos literarios una argumentación en defensa del liberalismo y de sus reformas más polémicas, imprescindibles para la supervivencia del nuevo régimen, las de laicización.

Luis A. Martínez ya es conocido como autor por sus narraciones costumbristas bajo el pseudónimo de Fray Colás, por sus relatos y artículos periodísticos, o sus textos especializados en agricultura como *La Agricultura ecuatoriana* de cuatro volúmenes y el manual *Catecismo de Agricultura* (in Martínez, 1960). Su interés por la novela nunca se desmintió pero sólo en 1904 edita su primera y única novela, *A la Costa* (3).

Este año de publicación, relativamente tardío en la vida del autor, no se debe entender únicamente como un deseo maduro de pasar a un género literario más ambicioso después del ejercicio del relato y de la narración, aunque este deseo también fue motivación para escribir una novela. Los años 1902-1905 representan un período de violencia ideológica, de casi guerra civil, que convierte en necesidad la argumentación, la exposición y la demostración en defensa del proyecto liberal. El deseo literario y artístico del autor Martínez compagina con la necesidad del liberal de defender sus convicciones.

Muchos han visto en *A la Costa* una novela de tendencia costumbrista realista, testimonio de la realidad social y política de la época. Es cierto que la novela describe el auge de la producción agrícola, sobre todo cacao, del litoral y la atracción que ejerce la pujante actividad económica de la Costa y de su capital Guayaquil en los

(3) En realidad, Luis A. Martínez escribió dos novelas, *A la Costa* y *La Tierra*. Pero ésta, redactada en los últimos años de su vida, nunca llegó a publicarse pues, su autor la destruyó. Sólo quedan de ella unos fragmentos.

habitantes de la Sierra. Es cierto también que *A la Costa* describe el conflicto tradicional social, económico, político entre Sierra y Costa. Pero la novela no puede ser entendida sólo como testimonio de una época. Propone también una lectura del sentido de la vida y una reflexión sobre el porvenir del hombre, abarcando una temática más amplia que la defensa de un proyecto ideológico.

¿Cuáles es este proyecto nacional? ¿Cómo el liberalismo y el positivismo científico condicionan esta visión? ¿Cómo van cuajando en la novela hasta convertirla en una demostración ideológica? Se trata de entender cómo se construye la novela, cómo funciona la estructura de ecos y oposiciones entre Sierra y Costa, entre los diferentes personajes, sus trayectorias, los paisajes, para captar los valores que van encarnando e incluso simbolizando. En efecto, este enfoque es el que permite aprehender el sentido de la obra, su construcción, los atributos de los personajes o la inserción de largas descripciones de paisajes andinos y costeños que, lejos de ser meros ejercicios estilísticos, asumen valores altamente ideológicos. En otras palabras, lo ideológico es aquí el motor de la escritura, permitiendo entender el verdadero alcance de la obra.

Sin embargo, leer *A la Costa* como defensa sistemática del liberalismo sería limitar el interés de la novela y el pensamiento de Luis A. Martínez. Pues cabe destacar la originalidad y la lucidez del autor, quien, si bien es liberal convencido, propone ya en 1904 una crítica del nuevo modelo. Sin duda son estas críticas, estos matices introducidos a lo largo de la narración los que permiten que la obra escape del estatuto de novela ejemplar y testimonial para proponer una visión autónoma y creativa.

1. EL PAISAJE: UN MOTIVO CONSTITUTIVO DE LA NOVELA

La novela se divide en dos partes, asumiendo la oposición Costa-Sierra. No son en realidad sólo dos mundos geográficos y espaciales sino dos universos con caracteres, atributos y valores totalmente opuestos en un juego de reflejos y contrapuntos totales. A lo largo de la novela aparecen de manera recurrente dos elementos constitutivos de la obra y de su construcción en díptico dentro de la oposición entre los dos polos Costa-Sierra, los personajes y los paisajes que merecen respectivamente un estudio dedicado. Los primeros son desde luego el motor de la acción, actores en el sentido pleno de la palabra pues se desplazan, evolucionan, reflexionan, construyendo con sus trayectorias respectivas la "historia" de la novela. Sus experiencias son un argumento explícito en la demostración que pretende llevar a cabo la novela. Pero existen también otros personajes, pasivos en lo que toca la acción, pero que, al igual que los protagonistas, van asumiendo un papel importantísimo en la novela: los paisajes. Lejos de ser mero escenario, su minuciosa descripción desemboca en una caracterización de atributos morales, sociales y psicológicos, simbolizando el valor de cada uno de los dos universos opuestos, Sierra y Costa. En este sentido representan un argumento implícito pero esencial en la crítica del modelo conservador y en defensa del modelo liberal.

En esta construcción díptica, la primera parte dedicada a Quito es una crítica del universo conservador tradicionalista. Tal es el sentido de los paisajes de la capital que son verdaderos retratos psicológicos, pues cada atributo físico propio del paisaje viene vinculado con un atributo de tipo psicológico y moral, convirtiendo lo estático del

entorno mineral y vegetal en un ser autónomo dotado de una personalidad propia. Por ejemplo, el cielo de Quito es “triste” y el paisaje “agreste” (Martínez, 1989[1904]: 43), prestándose también ambos calificativos a la descripción de una personalidad. Esta ambigüedad semántica sirve la personificación progresiva del paisaje urbano capitalino.

Este paisaje vivo, minuciosamente descrito, permite crear una atmósfera altamente significativa que de por sí pretende dar cuenta de una sociedad y de sus valores :

“La casa parecía desierta, casa grande y oscura como aún se ven muchas en Quito, como reliquias de principios del siglo pasado. Las ventanas daban a una muralla de un convento de monjas, y apenas, al fin de la calle que terminaba en callejuela sinuosa y estrecha, se alcanzaban a ver las breñas del Pinchincha laminadas frecuentemente por las nieblas” (Martínez, 1989[1904]: 45).

El entorno urbano es tristeza, falta de luz, y horizonte cerrado. Ninguna perspectiva, pues no se ve nada desde la ventana a no ser una “muralla”, evocando el universo carcelero, como tampoco se ve el cielo obstruido por el volcán o la neblina. Notemos que el Pichincha, que bien podría ser una figura digna y majestuosa, es aniquilado como fenómeno natural por la neblina que lo roe, lo corrompe laminándolo hasta convertir lo que podrían ser faldas espléndidas o flancos verdes en « breñas », o sea en una vegetación indefinida, seca, pobre, inútil, yerma. Esta imposible perspectiva visual, asociada con alusiones a lo estéril, cobra aquí un sentido peculiar, pues el convento que cierra la perspectiva representa también, en este ambiente lúgubre, el futuro obligatorio de los quiteños destinados a convertirse en frailes o monjas o en beatos. El elemento religioso viene íntimamente vinculado con el paisaje, pues así como el Pichincha pobre e inútil obstruye la perspectiva visual, el clero y la religión obstruyen las perspectivas sociales y personales. Como el Pichincha, se imponen impidiendo ver más allá otra perspectiva. Lo carcelero de las murallas naturales del volcán y de las murallas urbanas del convento convergen hacia la descripción de un universo cerrado, sin posibilidad de evolución, dirigido hacia el pasado y por lo tanto desprovisto de futuro, encarnando así una sociedad estancada.

Este paisaje, personaje literario, pues asume atributos que lo personifican, va simbolizando una serie de valores morales que se insertan en una demostración ideológica. En efecto, cabe subrayar que los rasgos sombríos del paisaje del Pichincha no son representativos de la Sierra sino exclusivamente de Quito. No es la Sierra ni su campo, sino la ciudad quiteña la que asume atributos negativos. Pues a este rostro triste y sombrío se opone el luminoso campo andino, en el capítulo XVI, cuando Luciano regresa de Quito a la hacienda familiar:

“Las abundantes lluvias de abril habían dado un nuevo impulso a la fertilidad de la incansable tierra. En los filos y cuchilladas más altas de las cordilleras blanqueaban las primeras nieves del invierno andino y el suelo de los recientes desmontes, negro como la lluvia, dejaba escapar como si fuera la respiración de la tierra, un ligero vaho que flotaba indeciso entre los pliegues... El verde pálido de la cebada en flor, ondeando a la brisa de la mañana, formaba un cinturón alegre de los cerros, coronados de paja, ora aceituna, ora gris, ora amarillenta” (Martínez, 1989[1904]: 115).

Si existen elementos evocando dureza, violencia o destrucción como “los filos y cuchilladas”, vienen aquí asociados con elementos de vida evocando el nacer y la fuerza, de modo que su supuesto poder de destrucción se convierte en un elemento más de fuerza y de energía. El campo, lo rural, se contrapone aquí a lo urbano, a lo quiteño. La vida provinciana es sinónimo de alegría y armonía, personificada por el paisaje en el que se asocian, en un cuadro tierno y sereno de colores suaves, el respirar quieto y el despertar matutino. Este paisaje es el doble mineral y vegetal de Luciano, que deja Quito, su vida corrompida por la influencia religiosa, por una educación necia, por sus prejuicios coloniales y sus valores falsos e hipócritas, para regresar a la provincia natal, agrícola y faenosa, sincera y sencilla.

Asimismo, si el Pichincha, volcán quiteño, es un volcán pobre, triste, apagado, que sólo obstruye el paisaje y las perspectivas en el sentido propio como figurado, el Chimborazo, volcán serrano provinciano, se destaca en una perspectiva amplia en la que la Sierra ya no significa encerramiento sino apertura:

“(…) El Chimborazo, que allá, en el confín del paisaje inmenso resplandecía con los últimos rayos del sol” (Martínez, 1989[1904]: 240).

Cobra por lo tanto valores radicalmente diferentes, los de dignidad, majestuosidad, serenidad, fuerza, simbolizando la victoria sobre los percances en la lucha por la vida.

Así que los atributos negativos corresponden exclusivamente a Quito. Ahora bien, cabe notar que en cada descripción del paisaje quiteño aparece sistemáticamente el elemento religioso. Resulta por lo tanto que la ciudad lúgubre es la de los conventos, capital colonial y tradicional. Con este juego recurrente de asociación de los paisajes y sus valores con los elementos religiosos, la descripción minuciosa del entorno quiteño desemboca en una crítica política. En efecto, esta capital de los conventos, estancada en el “siglo pasado”, es la encarnación del espíritu de García Moreno, supervivencia según los liberales del modelo colonial, con la presencia en todos los aspectos de la vida cotidiana del clero y de los beatos. Por ser constantemente asociada con lo religioso, esta atmósfera rígida, áspera, desprovista de tolerancia, ternura y amor, primero aparece como consecuencia de la influencia conservadora clerical en los espíritus. Luego, por ser recurrente esta asociación, esta atmósfera se convierte en encarnación palpable del espíritu garcianista y de sus estragos.

Liberal convencido, Luis A. Martínez es un ardiente defensor de la laicidad que condena la presencia de esta fuerza extranjerizante y oscurantista que según él representan el clero y de forma general el conservadurismo ultramontano heredado del garcianismo. El Martínez político está convencido de que el papel del clero en la vida nacional representa un obstáculo a la modernidad y al progreso. El Martínez literato utiliza los paisajes para convertir la capital histórica colonial en el centro por antonomasia del oscurantismo conservador garcianista, dentro de una demostración anticlerical.

El paisaje se convierte en *A la Costa* en un instrumento de crítica ideológica. Desde luego esta denuncia del conservadurismo como estancamiento de la sociedad nacional a través de la descripción del encerramiento quiteño va dibujando implícitamente en la primera parte de la novela un proyecto nacional diferente. Este proyecto se define en filigranas como el contra-modelo del proyecto garcianista. En otras palabras, lo

bueno para Ecuador es lo contrario del ejemplo quiteño al que la narración va convirtiendo en modelo repelente.

De hecho, el paisaje es también un motivo literario que trasciende lo implícito de la demostración para explícitamente proponer otro modelo de valores. La demostración se hace explícita a través de la yuxtaposición, en un juego de reflejos, de otros paisajes que asumen valores estrictamente opuestos. El paisaje provinciano rural, antinomia del paisaje urbano quiteño, es un ejemplo de la construcción dual de la novela. Sin embargo, la defensa del proyecto liberal se basa ante todo en la dualidad Sierra-Costa.

Las primeras líneas de la segunda parte, que se desarrolla en la Costa, anuncian ya claramente al lector que entra en un universo diferente. Este anuncio no corre a cargo de un personaje que tomaría la palabra, sino a través de la descripción del paisaje costeño. Es la descripción la que hace vigente la entrada a otro mundo, con el paisaje como prueba física y concreta de la materialización de otro universo:

“Hacia el ocaso se descubre otra zona, otra naturaleza, un mundo nunca imaginado por el habitante de las cordilleras” (Martínez, 1989[1904]: 144).

El paisaje funciona como la materialización perfecta de un universo, como si fuera por sí solo un concentrado de sus rasgos. La segunda parte arranca por lo tanto con la descripción muy detallada del panorama que se ofrece a Salvador cuando deja los Andes para entrar en las llanuras costeñas:

“El bosque trepa afanoso hasta las más altas cimas; las quiebras pierden las tonalidades y recortes duros de las rocas desnudas, para adquirir toques azulinos y vaporosos; y al fin, cerros, colinas, barrancos, se confunden, difuminan, desaparecen casi en medio de un velo glauco, para convertirse en una llanura infinita como el mar, la que se pierde allá en el horizonte en un cielo de nácar, en el que flotan algunas nubes de color de rosa y oro” (Martínez, 1989[1904]: 144-145).

La presentación del paisaje precede la acción que se va a desarrollar en la Costa para mejor anunciarla, como por su parte la descripción de Quito prefiguraba la trayectoria de los protagonistas. Los paisajes forman así un díptico perfecto, abriendo la acción dentro de cada uno de los dos universos para mejor caracterizarla.

Esta caracterización costeña es simétricamente opuesta a la caracterización quiteña, acentuando con este nuevo juego de reflejos la construcción díptica. Notemos por ejemplo cómo las “nieblas” serranas se convierten en la Costa en el vapor suave y protector de un “velo”; cómo la vegetación, feraz, fuerte, sana, se apodera de las cimas en vez de ser “laminadas por las nieblas” (Martínez, 1989[1904]: 45) como lo son las “breñas” del Pinchincha; cómo la topografía llega a compaginarse armoniosamente hasta formar un todo abierto, el “mar” y el horizonte, en vez de entrar en tensión y guerra mutua como las “oscuras quebradas que desgarran los flancos de la montaña” quiteña (Martínez, 1989[1904]: 45). Desde luego, el paisaje costeño es bañado en una luz suave, con colores tiernos y serenos, en un aire acogedor y encantador, de modo que va asumiendo los valores de confianza, tranquilidad, solidez, tolerancia:

“Y en esta inmensa pampa brillan aquí y allá algunos puntitos como diamantes de un manto regio, puntos que indican curvas de inmensos

ríos, se levantan algunas ligeras y casi fantásticas humaredas, y un aire caliente y denso baña este gigantesco paisaje, en el cual los colores son todos suaves como los de un sueño medio olvidado en un rincón de la memoria” (Martínez, 1989[1904]: 145).

El “sueño” que evoca explícitamente el paisaje costeño es el sueño mágico de la infancia, con sus aspiraciones, ímpetus y entusiasmos. Estas aspiraciones, apagadas por la realidad cruel de la sociedad quiteña, siguen existiendo en el universo costeño. Éste se convierte entonces en la tierra de las oportunidades donde la realidad no es el obstáculo a la realización de las aspiraciones. Esta Costa que se entrega a la mirada de Salvador le da la bienvenida y encarna la promesa de un futuro mejor:

“(…) Esa tierra vaporosa, esa llanura infinita, es la Costa ecuatoriana” (Martínez, 1989[1904]: 145).

Cabe subrayar la recurrencia de las imágenes de apertura. Si Quito es un claustro, sin perspectiva posible, la Costa es abierta y amplia. Este mar de tierra representa en sí una invitación, pues es una promesa de perspectiva tanto en el sentido concreto como figurado. Abertura, apertura, amplitud y anchura, la Costa encara el futuro materializando la esperanza de progreso, sinónimo para el liberalismo del siglo XIX de modernidad. La Costa ecuatoriana y su perspectiva “infinita” van asumiendo los valores liberales.

Sirviendo los paisajes de Quito de contra-modelo repelente, los contrastes con los de la Costa son aún más impactantes. Este juego de repulsión-atracción entre dobles duales perfectamente simétricos convierte el espacio físico costeño en un universo positivo, modelo de referencia, como si la función del mundo quiteño fuera valorar más aún el universo costeño y sus atributos morales, sociales, y desde luego, ideológicos. Otra vez se hace evidente el papel fundamental de los paisajes, no sólo como elemento constructivo de la obra, sino como mecanismos de argumentación dentro de la demostración.

2. LOS PERSONAJES Y SUS TRAYECTORIAS: ¿QUÉ ARGUMENTACIÓN EN DEFENSA DEL PROYECTO LIBERAL?

Es con esta organización de la novela a partir de paisajes como materialización de dos sistemas de valores altamente ideológicos, como se van organizando las trayectorias de los personajes. Los paisajes de *A la Costa* no son sólo escenarios en los cuales se mueven los actores. Éstos son en realidad los reflejos e incluso la prolongación, la emanación de los primeros, asumiendo por ende el juego dual de oposiciones simétricas.

Los quiteños también son tristes y austeros, cerrados e intolerantes. En estas mentes rígidas, no hay espacio para la ternura y la comprensión sino el egoísmo, la hipocresía, la mentira. La familia Ramírez es la encarnación de la vida conservadora y su trayectoria es ejemplar, inscribiendo *A la Costa* en el género costumbrista.

El padre de Salvador, Jacinto Ramírez, es definido de forma esquemática pues se le atribuye unos rasgos definitivos que le convierten no en una personalidad sino en un tipo, el del quiteño conservador. En efecto, se le define siempre como a un ferviente católico, huraño e hipocondríaco, físicamente débil y enfermizo. Encerrado en su

religión que lo limita humana e intelectualmente, es incapaz de anticipar los cambios sociales que le permitirían salir adelante. Le faltan energía, valor, vida. En esta caracterización de los personajes siempre van vinculados lo moral y lo físico, lo segundo siendo la materialización de lo primero, así como los paisajes son la materialización de los valores de una sociedad. Martínez, en su demostración, opta por una construcción encadenada y sistemática, organizando alrededor de los dos polos Sierra-Costa los valores, los paisajes, los personajes en su aspecto moral y físico. Se vale de un esquema que se convierte en sistema. *A la Costa* ha sido analizado como una obra realista. Es en realidad lo contrario, pues no reproduce la realidad sino que la esquematiza reduciéndola a una oposición sistemática al servicio de una demostración. En este sentido, la construcción y la organización de los elementos de la obra recuerdan los procesos del panfleto que recurre a los contrastes, a la oposición, a los ejemplos convertidos en argumentos, haciendo del sistema dual la demostración misma. Por eso también, los personajes no son personalidades, sino tipos y esquemas ejemplares: sirven una demostración ideológica y no un estudio realista.

Pues cabe notar que la ejemplaridad funciona en la novela como una argumentación de por sí contra el conservadurismo y en favor del liberalismo. En este sentido, reproduce los procesos del panfleto. La narración no propone una demostración que se base en el análisis de los ejemplos como argumentación, sino que convierte el ejemplo en argumento. La descripción del paisaje expone un retrato social, lo hemos visto. Después de este retrato implícito, y antes de presentar a los personajes de la "historia", el narrador omnisciente expone explícitamente los rasgos determinantes del mundo social que pretende analizar. Los personajes presentados luego se convierten de este modo en la prueba tangible de los rasgos sociales presentados primero. En otras palabras, cada personaje, cada una de sus acciones, representan en sí una demostración, sin que se desarrolle un análisis argumentado. Por ejemplo, cuando el narrador omnisciente propone primero un retrato global de los quiteños, plantea en realidad una hipótesis que demostrar:

"Hombres y mujeres, niños y viejos, pertenecían a las cofradías y congregaciones, y era muy raro el ejemplo de que algún hombre de posición social dejara de practicar todos los preceptos religiosos señalados prolijamente por los clérigos y frailes, porque luego le caía la tacha de masón y hereje, suficiente causa para despertar las sospechas de la policía garciana. Poco o nada han cambiado estas costumbres religiosas y medioevales (...). Cuando la piedad es extremada; cuando la religión es una máscara fúnebre para disfrazar el vicio y el crimen; cuánto lodo asqueroso, cuánta podredumbre, cuánta porquería se ocultan en los rincones de sacristías y conventos. ¡Cuánta miseria, hambre y lágrimas en medio de los cánticos de las procesiones paganas, y del incienso oloroso de las pompas sacras!" (Martínez, 1989[1904]: 43-44).

La hipótesis planteada aquí es la vigencia del modelo conservador como sistema corrompido, de valores pervertidos, que produce el vicio tras una apariencia de virtud. Esta sociedad que funciona en base a anti-valores, pues los valores sólo son apariencia y no cuajan en el ser de las personas, no puede sino corromper al hombre llevándole a

su propia destrucción. Ahora bien, la trayectoria de la familia Ramírez no es sino la "historia" de esta corrupción inevitable, presentada como un estrago más del conservadurismo. Por lo tanto, los personajes funcionan en la novela como comprobación de la hipótesis.

El padre débil y flojo se une a Camila, quien "[es] una mezcla informe de pasiones ardientes y de frialdades extrañas; de entusiasmos momentáneos y cálculos ruines; y dominando en todo, un exagerado espíritu religioso, un fanatismo elevado al último extremo" (Martínez, 1989[1904]: 42-43). El matrimonio educa a sus dos hijos Salvador y Mariana sin ternura ni comprensión, bajo la disciplina estricta de los preceptos más rigurosos de la Iglesia sin permitirles la más leve transgresión. Salvador, encerrado a los ocho años en un internado jesuita, se convierte en un ser poco comunicativo, taciturno, desprovisto de energía y de carácter, físicamente débil "por la falta de ejercicio y aire" (Martínez, 1989[1904]: 44). Si el hijo es retrato del padre, Mariana es una niña bulliciosa, enérgica, atrevida. Pero para evitar los castigos, tiene que aprender aún niña a disimular. Sin embargo la adaptación a la fuerza de su ser a las exigencias conventuales de la sociedad quiteña le lleva al desequilibrio, pues padece muy joven de histeria al igual que la madre. Notemos que a la familia Ramírez se la presenta como el producto del entorno y de sus valores. Los padres son aquí la prolongación carnal de los paisajes quiteños, y los hijos a su vez son la prolongación de sus padres a quienes se parecen en su debilidad física y psicológica.

Esta familia, producto del modelo garcianista, ya roída por la debilidad y la locura, se desmorona poco a poco por su incapacidad a adaptarse a las contingencias de la lucha por la vida. Cuando el padre muere, la familia queda en la miseria sobreviviendo de las clases que da Salvador. Pero por falta de energía y de atrevimiento, por una educación escolástica que hace del joven un trabajador inútil, éste no logra medrar. De todas formas, aunque sea trabajador y serio, la sociedad quiteña no le permite mejorar su situación social. Basado en valores aristocráticos, Quito conserva rico al bien nacido al que considera por su linaje, sin permitir que el hombre humilde pero de talento pueda esperar mejorar su futuro. En esta sociedad de castas, a éste no le queda más que seguir en su puesto sirviendo a las antiguas familias. La decadencia de la familia Ramírez es en sí otro argumento para denunciar el modelo conservador. En efecto, la miseria no se debe a la holgazanería o la tontería de Salvador, pues la narración subraya su dedicación al trabajo y su fineza, sino a una sociedad estancada, a las antiguas familias aferradas a sus privilegios y a un sistema de valores que no considera los méritos sino el apellido y la fortuna. En otras palabras, Salvador y su familia son víctimas del modelo conservador tradicional.

Muerto el padre, arruinada, la familia Ramírez desaparece al final de la primera parte. Mariana, violada por un sacerdote quien, de esta forma, destruye sus esperanzas de casarse y de crear un hogar cristiano, sobrevive prostituyéndose. La madre fanática hasta el embrutecimiento rechaza a su hija, se olvida de su hijo, dedica todo su tiempo a la oración, y su energía y lo que le queda de dinero a organizar la contrarrevolución conservadora "en defensa de la religión" (Martínez, 1989[1904]: 125). En cuanto a Salvador abandona Quito y su perversidad para construirse un futuro mejor en una hacienda cacaotera costeña.

La crítica del modelo conservador no se basa sólo en la denuncia de una sociedad de “antiguo Régimen” sino, y ante todo, en la demostración anticlerical. Cabe recordar la particularidad del conservadurismo ecuatoriano. Heredado del proyecto nacional de García Moreno, el conservadurismo hace de la Iglesia el pilar de la identidad nacional. Por lo tanto el clero debe formar parte de las instituciones administrativas para mejor consolidar el Estado nacional, compartiendo las responsabilidades políticas (4). En el contexto ecuatoriano de finales del siglo XIX y comienzos del XX, denunciar la influencia clerical no es denunciar la religión sino el modelo garcíanista (5).

A lo largo de la novela parece evidente que el vector de la corrupción es el clero y sus asimilados, los beatos. La transmisión del vicio corre a cargo de lo clerical. El peligro es doble, pues no sólo lo clerical es encarnación de los pecados que denuncia y condena (lujuria, mentira, desprecio al pobre, apego al dinero, egoísmo) sino que además sabe esconder de manera calculada sus vicios tras una apariencia intachable. El clero, por cumplir con el parecer y no el ser, es responsable de una sociedad que funciona al revés con un sistema de anti valores.

La figura del padre Justiniano es ejemplar pues es la de “un sátiro disfrazado de ángel” (Martínez, 1989[1904]: 132) que condena a Mariana a la prostitución por haberla deshonrado abusando de la confianza que le inspiraba. La trayectoria de una Mariana llevada a la prostitución por un cura con la ayuda de una beata, Rosaura, ex prostituta, alcahueta, “maestra en artes infames” (Martínez, 1989[1904]: 130) representa en sí un argumento para demostrar los peligros del modelo conservador tradicional, basado en la participación constante de la Iglesia a la vida pública y privada.

Esta visión negra no deja de recordar la novela gótica inglesa del siglo XIX en la que los espacios cerrados de los conventos esconden secretos terribles y perversiones espantosas. Esta temática, en la problemática de *A la Costa*, sirve desde luego la demostración anticlerical impactando más aún la imaginación del lector.

Los paisajes definen una construcción simétrica dúplica y dual, los paisajes de Quito sirviendo de contra modelo repelente a un universo costeño positivo, modelo de referencia, como si la función del mundo quiteño fuera a valorar más aún el universo costeño. Los personajes, tanto por sus rasgos como por sus trayectorias, se insertan en esta construcción dual de la obra organizándose también alrededor de los dos polos conservadurismo-liberalismo.

La familia Ramírez tiene su doble simétricamente opuesto, la familia Pérez que vive en el campo provinciano del fruto de su trabajo, la producción de su hacienda. Don Lorenzo, el padre, es un hombre enérgico, activo, jovial, optimista, fuerte. La madre es dulce y comprensiva, laboriosa y amante. Educan a su hijo y a su hija con ternura, respetando su desarrollo tanto físico como intelectual, y éstos crecen felices y alegres

(4) Para más detalles sobre el proyecto nacional de García Moreno y el papel que asigna a la Iglesia ecuatoriana, vea Ayala Mora, 1981; Demélas & Saint-Geours, 1989; Demélas & Saint-Geours, 1986.

(5) Los liberales que promulgaron las reformas de secularización del Estado siempre declararon ser buenos católicos, haciendo hincapié en su cumplimiento con las exigencias de la moral cristiana. La Revolución liberal no es una revolución anticatólica sino anticlerical dirigida contra la influencia de la Iglesia en los asuntos del Estado.

reproduciendo las cualidades de sus padres. Luciano, “muchacho robusto y hermoso” (Martínez, 1989[1904]: 116), ayuda a su padre a desarrollar la próspera hacienda familiar que les permite alcanzar una envidiable situación social.

Desde luego, la familia Pérez es liberal. Luciano lucha en el ejército liberal contra el ejército conservador en el que se alista Salvador. Don Lorenzo va aplicando los últimos descubrimientos científicos agrícolas, convencido del progreso que representan las nuevas técnicas modernas. Y la trayectoria de esta familia abierta a la modernidad es la del éxito.

Por lo tanto, se va dibujando el retrato de una sociedad mejor, no sólo implícitamente dando a conocer lo que uno no debe ser, sino explícitamente dando a ver cómo uno debe ser y actuar. Salvador y su familia representan el polo negativo, el contra modelo repelente; Luciano y su familia, el polo positivo, el modelo. Esta demostración tiene como instrumento la encarnación viva del ideal humano liberal, con el personaje de Luciano, el protagonista positivo, luminoso, entregado al futuro, a la “modernidad” y no al pasado, al mundo “colonial”. Luciano, hombre de la luz como lo sugiere la onomástica, es la personificación del ideal liberal. Físicamente, es sano y fuerte. Esta robustez y energía física no es sino el mero reflejo de una gran fuerza psicológica. Emprendedor, responsable, activo, positivo y optimista, Luciano critica los estudios escolásticos que le imponen los jesuitas. Renuncia a sus estudios no por ser vago, mal alumno o desprovisto de inteligencia, sino por estar consciente de que esta educación es una pérdida de tiempo. Quiere trabajar en lo útil, cultivando la hacienda familiar, dedicándose a producir riquezas verdaderas y tangibles, sirviendo así a su familia y su país. Completa su educación no con los libros, sino viajando a Europa donde se inicia a los últimos progresos de la ciencia. En lo moral, es un dechado de honradez y de fidelidad. Tierno, amistoso, comprensivo, tolerante, no le guarda rencor a su amigo Salvador cuando éste le declara que debe renunciar a su amistad porque a los Ramírez les parece Luciano social y moralmente indigno de alternar con sus hijos. Luciano es quien se precipita hacia el lecho de muerte de su amigo para acompañarle en sus últimos momentos. Martínez va dibujando aquí un ideal del hombre moderno tal y como lo pinta la ideología liberal de inspiración anglosajona que influencia al liberalismo ecuatoriano: fuerte y sólido física y psicológicamente, activo, decidido, emprendedor, enérgico, dedicado a la producción efectiva y su comercialización, confiado en sí mismo, en las aptitudes y el poder de uno de labrarse un futuro mejor, por ser librado de los temores inculcados por una religión oscurantista y limitativa. Las experiencias negativas y los fracasos de los Ramírez se deben a su total incompatibilidad con este ideal humano, mientras la familia Pérez crece y prospera por estar en adecuación con él.

En este sentido, lejos de ser realista o sólo costumbrista, *A la Costa* retoma una estructura de tipo trágico. Las primeras líneas anuncian un destino sombrío del que es imposible escapar, convirtiendo la trayectoria de los personajes en el cumplimiento del augurio, de la fatalidad. En efecto, la familia Ramírez desaparece en una aniquilación ya anunciada por un juego de símbolos que de nuevo corre a cargo de los paisajes. El primer capítulo se abre con un apocalipsis, el fin de un mundo, el de la ciudad serrana de Ibarra destruida por un terremoto en 1868. El capítulo I es un *flash-back* en el que padre de Salvador recuerda cómo pierde todos sus parientes y sus bienes. Llamam la

atención la descripción de los terribles estragos y la violencia fatal de la naturaleza, como si anunciaran ya el apocalipsis de un mundo y de sus representantes, los Ramírez. El único sobreviviente de los Ramírez regresa a Quito para fundar una familia, pero este nuevo núcleo familiar sólo representa una prórroga ya que el destino de los Ramírez es desaparecer al igual que el mundo tradicional y la sociedad colonial que encarnan. Por lo tanto, abriéndose con la destrucción, la novela se cierra con la agonía y muerte de Salvador, el último Ramírez.

Este análisis de la estructura trágica nos permite entender el sentido de la muerte de Salvador que concluye la novela. Cabe notar que el viaje del protagonista desde Quito a la Costa no basta en regenerarlo, en alejarle del polo conservador, polo de la degeneración, de la muerte, del fracaso, para convertirle en un representante del polo liberal, polo de la prosperidad y del progreso. Después de una dura adaptación a la vida de la hacienda cacaotera, Salvador logra medrar pues el propietario de la hacienda, hombre justo y generoso, otro contrapunto, otra figura del liberalismo triunfador, reconoce los méritos que no querían ver los quiteños. Sin embargo, a pesar de sus éxitos, Salvador muere, cumpliendo con su destino de Ramírez. Ahora bien, la muerte del personaje que, muy a pesar suyo, es el representante del mundo conservador, hace tajante la condena del conservadurismo. En efecto, la desaparición del polo conservador aparece como fatalidad irrevocable. De este modo, Martínez presenta aquí el liberalismo como una necesidad histórica, una corriente contra la cual no sirve luchar. El liberalismo en este sentido no es una opción política; ni siquiera es una alternativa. Es un proceso en marcha que no puede ser detenido, es una fuerza viva que condena los antiguos esquemas.

A la Costa, más allá de la sistemática dual que la caracteriza, propone una visión propiamente ecuatoriana del liberalismo, con su lectura social y política de los dos universos que se combaten. Por lo tanto es reductor el análisis de la obra que la define estrictamente como la condena del conservadurismo y la defensa del liberalismo. La propuesta liberal de *A la Costa* merece ser estudiada por sí sola, y ya no sólo a través del juego de contrastes y antinomias que constituyen la demostración. Pues uno de los mayores intereses de la novela es presentar en filigranas tanto los rasgos constitutivos del liberalismo ecuatoriano como sus ambigüedades.

3. A LA COSTA, TESTIMONIO DEL LIBERALISMO ECUATORIANO

En filigranas, la novela va presentando la necesidad de una revolución para acabar con el círculo vicioso de la reproducción de un sistema de valores perverso y de su modelo social e ideológico. En otras palabras, va legitimando la toma de poder liberal bajo la forma revolucionaria.

En efecto, en la primera parte de la novela, la reproducción del sistema de valores garcíanistas parece inevitable. La educación le condiciona ya al niño para que adhiera sistemáticamente a este sistema, el de sus padres, pues el modelo familiar es determinante. Lo hemos visto, los hijos Ramírez son el reflejo de sus padres, materializando una cadena fatal y simbolizando un destino del que no pueden escapar. Por lo tanto, la revolución, con su entrada a la fuerza en el espacio tradicionalista, aparece justa. Es el

único instrumento capaz de romper esta fatal cadena. En efecto, se impone como una fuerza exterior a los tradicionalistas que por sí solos no pueden evolucionar por ser presos del modelo conservador.

Pero el sistema educativo también es responsable de la perpetuación de un modelo social e ideológico conservador, justificando a su vez el liberalismo radical de un Eloy Alfaro. En su novela, el político Martínez, subsecretario liberal de la Instrucción Pública, impulsor de reformas para la secularización y la modernización de la enseñanza, hace de la escuela tradicional el blanco de sus críticas. Los jesuitas representan una educación inútil, inadaptada e incluso peligrosa pues mata la inteligencia y el sentido crítico. La enseñanza en los colegios religiosos es demasiado teórica, dogmática y escolástica, desvinculando al niño de las realidades. Es por lo tanto incapaz de capacitarle para que se inserte en una sociedad en evolución. De esta forma, la educación condena la sociedad al estancamiento, explicando la supervivencia a finales del siglo XIX del modelo heredado de la Colonia.

Salvador se da cuenta de que su educación no le prepara a enfrentar los retos de la lucha por la vida. Apreciado de sus profesores, alumno brillante, perito en filosofía y experto en escolástica, no puede encontrar un trabajo decente que le permita mantener, aunque pobremente, a su familia pues su formación no le permite producir un servicio o un producto de valor añadido. En la segunda parte de la novela, Salvador acepta ir a trabajar en una hacienda cacaotera donde se hace más evidente aún la inadecuación de su educación con la realidad social y económica: triunfan los que tienen conocimientos útiles orientados hacia una producción concreta, los que son fuertes y resistentes tanto física como psicológicamente, los que tienen sentido común e inteligencia práctica.

En Quito, así como su hermana prostituye su cuerpo, Salvador sólo sobrevive “prostituyendo” su inteligencia y sus conocimientos dando clases a hijos de la tradicional “aristocracia”. Ahora bien, éstos se burlan de él y lo humillan sin respetar los valores que la misma educación religiosa y conservadora les enseña y que ellos supuestamente deberían encarnar como representantes de la “nobleza”. De modo que la inadaptación de la enseñanza no sólo consiste en su desvinculación con el mercado laboral, sino la transmisión de valores que ya no tienen ninguna vigencia, que no cuajan con la realidad. Esta educación transmite valores falsos. Por lo tanto, es incapaz de darle al niño los instrumentos para comprender el mundo en el que vive, su verdadero funcionamiento y sus verdaderos valores. Éste resulta inadaptado e indefenso frente a una sociedad que le aplasta y le corrompe.

Desprovisto de conocimientos útiles y de inteligencia práctica, desprovisto de capacidad de adaptación y del sentido crítico, el niño es incapaz de enfrentar la lucha por la vida. Los valores que esta educación transmite no son en sí malos sino que no tienen vigencia fuera del colegio, en una sociedad que pretende defenderlos pero que está basada en el poder del dinero y la fascinación por la apariencia. Fuera del colegio, los valores que dirigen la sociedad, los valores vigentes, son anti valores. Luego, frente al ejemplo costeño y por el juego de dualidad simétrica, aparecen como contra valores, valores que hay que descartar y rechazar.

De nuevo, la trayectoria de los Ramírez hace hincapié en un tema fundamental del liberalismo ecuatoriano y de su programa: reformar radicalmente la educación. La

educación nueva debe “regenerar” al ecuatoriano, desarrollando ya no conocimientos sino aptitudes, ya no la memorización sino las virtudes.

En este sentido, las temáticas revolucionaria y educativa, convergiendo ambas hacia el radicalismo liberal preconizado por Eloy Alfaro, se enmarcan en una problemática más amplia que suscita en el liberalismo ecuatoriano una reflexión específica: la lucha por la vida. En efecto, uno de los rasgos propios del liberalismo ecuatoriano es su muy marcada inspiración positivista, pero de un positivismo anglosajón, que define la vida como una lucha de fuerzas opuestas, una tensión permanente para la supervivencia, condenando al débil física y psicológicamente. Sin embargo, al mismo tiempo es esta selección natural la que asegura a largo plazo el progreso y el triunfo de la modernidad sobre el oscurantismo.

La demostración positivista de índole darwiniana define en la novela las trayectorias de todos los personajes. Los Pérez por ser fuertes, resistentes y enérgicos, triunfan; los Ramírez por ser débiles e inadaptados desaparecen. Es cierto que cuando muere Salvador, su esposa Consuelo espera un hijo que puede representar la esperanza de un futuro mejor. Pero este hijo no será criado por el padre, sino bajo la protección del propietario de la hacienda cacaotera, figura de la modernidad y del progreso, quien promete al moribundo cuidar de su hijo. Si el niño por nacer representa aquí la esperanza de un futuro mejor, es por lo que escapa de la tutela de los Ramírez y de su fatalidad para nacer bajo el signo del liberalismo. La muerte del protagonista Salvador paradójicamente significa en esta problemática un final feliz, pues anuncia simbólicamente la muerte de un mundo inadaptado y atrasado y el advenimiento de una sociedad mejor.

La desaparición de los Ramírez es un final tanto más optimista cuanto que la novela pone en escena las teorías del determinismo biológico del liberalismo que condicionan en el caso ecuatoriano su proyecto social. Este determinismo biológico, por lo tanto hereditario, permite entender la temática trágica de la obra: los substratos débiles labran ya un destino fracasado. El substrato biológico determina el carácter de Salvador, quien hereda de la complexión física frágil y de la debilidad de carácter de su padre. El carácter de Mariana le viene de sus genes de cuarterona, o sea que su madre le transmite con su ascendencia española el fanatismo religioso y la propensión a la “alucinación mística” (Martínez, 1989[1904]: 42), y con su ascendencia negra “los furores del libertinaje” (Martínez, 1989[1904]: 42). Los substratos que condicionan a los Ramírez al fracaso predeterminan al éxito a los Pérez en cuya ascendencia se destaca un héroe de la Independencia, famoso por su valor, su fuerza y su energía. En Luciano, a su vez héroe de la batalla de San Miguel de Chimbo en defensa de la Revolución liberal, “[hace] efecto la sangre de los Pérez y Escobar” (Martínez, 1989[1904]: 143-144). Ahora bien, la desaparición de los Ramírez y el triunfo de los Pérez representan un final feliz en esta demostración positivista de la necesaria victoria del liberalismo. La muerte de Salvador hace vigente la promesa de una sociedad nueva y mejor, que encara con optimismo la modernidad y sus retos. Su muerte es una prueba más de que el Ecuador está progresando. De modo que *A la Costa* no pretende ser sólo una defensa del liberalismo sino, en 1904, el pregón de su advenimiento: anuncia que la Revolución liberal en marcha es un proceso irreversible.

Lo interesante de la obra es precisamente que no se conforma con proponer una defensa ideológica sino también un proyecto social en sí. Por eso nos permite aprehender

la naturaleza del liberalismo ecuatoriano, y con ella, ya sus límites. Como programa y testimonio liberal, *A la Costa* da cuenta al lector crítico de las ambigüedades inherentes del liberalismo ecuatoriano.

La promesa de una sociedad mejor que encarnan con sus destinos respectivos los Ramírez y Pérez es a primera vista la promesa de más justicia y más prosperidad para todos los hombres de talento. El narrador omnisciente parece dar a entender que la mejora social liberal no será sólo la de las élites, como en el modelo conservador, sino de la “nación” ecuatoriana entera con tal de que el ecuatoriano sea trabajador y honrado. Al contrario del tradicional elitismo conservador, el liberalismo parece dirigirse a todos los hombres de buena voluntad. Ahora bien, se hace evidente a lo largo de la narración la exclusión de ciertos grupos constitutivos del Ecuador: los negros; los indios, los mestizos humildes. La tendencia a la lujuria de Mariana se debe ante todo a su ascendencia negra. Es que según el narrador, la población negra tiene por su substrato biológico una propensión irreparable, incluso a pesar de una buena educación, a los vicios: lascivia, liviandad, holgazanería, alcoholismo, socarronería. Los peones de la Costa, negros y mestizos, son por lo tanto groseros y violentos. En cuanto a los indios, apenas si el narrador les evoca, como si no formaran parte de la realidad ecuatoriana. Cuando en escasísimas ocasiones aparece el Indio, siempre es en forma despectiva: son “cuatro indios melencidos, de caras siniestras y miradas sombrías, (...) de muy mala voluntad, sin embargo haberles dado [Jacinto Ramírez] en pago todas las pocas monedas que llevaba” (Martínez, 1989[1904]: 6), o bien es “un indio medio idiota” (Martínez, 1989[1904]: 155).

El narrador omnisciente no pretende hacer participar en el proyecto nacional que defiende a estas masas idiotizadas por sus vicios sino a la “hermosa clase media” (Martínez, 1989[1904]: 54). La clase media es el modelo valorizado a lo largo de la narración a través de la ejemplaridad de los Pérez. En efecto, el verdadero héroe de la novela, Luciano, es presentado en el retrato que hace de él la narración como un producto de la clase media :

“En la Universidad conoció Salvador a un joven provinciano, descendiente de esa hermosa clase media, que no pica muy alto en asuntos de nobleza y que sin embargo, por el talento, las aptitudes y el patriostimo, es la primera de la república” (Martínez, 1989[1904]: 54).

Al lado de la clase media, sobrevive la figura del gran propietario, de hecho señor feudal pero un señor justo y generoso. Este paternalismo bonachón lo encarna Velásquez, el propietario de la hacienda cacaotera en la que trabaja Salvador, según el mismo proceso de ejemplarización y esquematización que caracteriza a los personajes de la novela. Velásquez restablece la justicia en su hacienda, reconociendo los méritos de Salvador y dándole el puesto de administrador de la hacienda. Más aún, Velásquez, verdadero *Deus ex machina*, aparece como por arte de magia para salvar a Salvador de los malos tratos del administrador, un zambo cruel y grosero, y a Consuelo del acoso sexual que padece por parte de este zambo. Es gracias a la intervención repentina e inesperada de Velásquez como los dos jóvenes pueden casarse y crear un hogar feliz y armonioso.

La narración delata ya los límites que caracterizan el liberalismo ecuatoriano así como de forma general los liberalismos latinoamericanos. Tras un discurso de tipo

nacional que pretende abarcar en sus reformas al conjunto de los ecuatorianos, democratizando la educación, la salud, los servicios administrativos, aparece una visión elitista y paternalista de la participación a la vida política y social. El liberalismo permite que la clase media comparta con las antiguas familias las responsabilidades nacionales, pero excluye a las masas de los centros de poder. Éstas siguen marginalizadas de los centros de decisión y limitadas a una función de ejecutantes.

Este enfoque ideológico del estudio de *A la Costa* permite entender el suceso de la batalla de San Miguel de Chimbo, en el que Luciano Pérez asesina a un soldado liberal, un soldado de su bando, para salvar al conservador Salvador Ramírez. A primera vista parece extraño que Luciano mate a uno de sus soldados, aunque salvando la vida de su amigo, pues se lo presenta como a un comandante responsable de fe liberal sincera. Es que el soldado liberal que hubiera matado al blanco Salvador sin la intervención de Luciano es un zambo. En otras palabras, es representante de un mestizaje doblemente sospechoso, pues su ascendencia es por un lado el indio “medio tonto” y “borracho”, y por otro lado el negro salvaje, entregado a sus instintos, que “semidesnudo” baila “una danza descompasada, a los chillones acordes de un piano de manubrio” (Martínez, 1989[1904]: 161). Por lo tanto no es nada sorprendente que el asesinato del zambo por parte del héroe de la novela pase desapercibido, pues el zambo no pertenece, ni puede pretender pertenecer ni a la “hermosa clase media” ni a la clase superior.

La obra de Martínez ofrece un estudio pertinente de las ambigüedades de la Revolución liberal, de su defensa de la clase media como motor nacional, de su elitismo en cuanto a la integración de las masas en el gran proyecto nacional. Así es como *A la Costa* es testimonio de una época, de su pensamiento y de sus limitaciones en su representación como nación. En la novela se lee entera la naturaleza del liberalismo ecuatoriano.

4. LA ORIGINALIDAD DEL PENSAMIENTO DE MARTÍNEZ: UNA REFLEXIÓN SOBRE LO HUMANO

Sin embargo, limitar *A la Costa* al testimonio de una época sería reducir el alcance de la obra. En efecto, sería definir la defensa y la presentación a nivel literario del proyecto ideológico liberal como la adhesión total y sistemática del autor a éste. En otras palabras, el pensamiento de Martínez sería una reproducción exacta de los preceptos liberales, sin distancia crítica, sin originalidad personal. Ahora bien, a través de la narración aparece tanto implícita como explícitamente la crítica de la nueva sociedad que va surgiendo a raíz de la Revolución liberal.

Ya hemos subrayado el papel de los paisajes en la novela, que en definitivas presentan un doble rostro: según su valor simbólico son acogedores y abiertos o ásperos y cerrados. Sin embargo, esta doble faceta de la naturaleza no corresponde sistemáticamente con la oposición Sierra-Costa, conservadurismo-liberalismo. En efecto, ciertos paisajes costeros no sólo son promesa de un futuro mejor sino que son también y al mismo tiempo duros, crueles y destructores:

“De las humedecidas hojas caían algunas gotas de agua depositadas por el rocío, y en todas las hierbas brillaban a los primeros resplandores del

naciente día, infinitas partículas acuosas. De todas las casuchas del pueblo se levantaban ligeras columnas de humo perezoso, como aplastado por el aire pesado, denso, que parecía encerrar gérmenes de paludismo” (Martínez, 1989[1904]: 155).

El agua es aquí sinónimo de vida, permitiendo el desarrollo de una naturaleza feraz y fuerte; pero encierra también las enfermedades y la muerte. Asimismo, los “primeros resplandores del naciente día”, promesa de vida, también llevan consigo un “aire pesado” que aplasta como para aniquilarles a los hombres que en este paisaje viven, prometiendo a su vez la muerte por “paludismo”.

El paisaje que encarna una promesa de futuro mejor encarna también la muerte, con una doble asociación constante de la tensión vida-muerte. El paisaje costeño, a medida que va avanzando la narración, se caracteriza por esta doble faceta:

“Sí, allí estaba la vida, esa exuberante vida, prodigiosa, mágica, nacida al beso amoroso del sol fecundo que incubaba millones incontables de vegetales gigantes y de seres que se mueven por todas partes. (...). Pero allí estaba también la muerte, que no es más que una transformación de la vida. (...). Y en ese teatro, el hombre combate contra lo infinitamente pequeño del paludismo, del tétanos y de la tisis; desafía el colmillo de la serpiente equis, desafía a la misma selva, pulpo de mil brazos invisibles que devora en un mes lo que le hizo perder el hacha y el fuego en un año” (Martínez, 1989[1904]: 160).

Esta constante tensión entre vida y muerte delata desde luego la lectura positivista del desarrollo universal como lucha por la vida. Sin embargo, esta doble faceta es recurrente hasta aplicarse al mismo mito de Guayaquil, tierra prometida. La imagen de la capital costeña como mundo de oportunidades, como Eldorado ecuatoriano, nace de la expansión económica de la segunda mitad del siglo XIX hasta convertirse en un motivo literario ecuatoriano, que la novela recupera. Pero en *A la Costa*, a medida que se desarrolla la acción, el mito evoluciona cobrando a su vez la doble faceta de vida y muerte :

“[Salvador] estaba, pues, en Guayaquil, en la Capital de la Costa, en la ciudad soñada por todos los desheredados de la esquivada fortuna; estaba en la tierra, donde tantos otros como él habían llegado llenos de esperanzas en busca de pan, huyendo de la estéril Sierra, y encontraron sólo la muerte o una lucha más desesperada y abrumadora” (Martínez, 1989[1904]: 168-169).

Si el nuevo mundo, tierra liberal de esperanzas, promete un futuro mejor en comparación con una sociedad conservadora serrana estancada, no promete no obstante una vida fácil. La tierra de promisión no es un paraíso. La lucha por la vida que caracteriza la sociedad quiteña sigue vigente en Guayaquil, a pesar de las promesas que encarna. La injusticia por parte del potente y rico existe en el Eldorado ecuatoriano. De modo que, a pesar de su inteligencia y honradez, el inmigrado tampoco puede medrar. Esta hipótesis presentada en la descripción de los paisajes, la van comprobando los personajes, materializando en carne propia con sus experiencias la ambivalencia del universo costeño.

El recorrido de Roberto Gómez, compañero de trabajo de Salvador en la hacienda cacaotera, es ejemplar. Cabe subrayar que en una narración que respeta escrupulosamente una cronología linear, el segundo *flash-back* (el primero es el terremoto de Ibarra de 1868) hace surgir en el escenario la narración de Roberto Gómez que resume a Salvador su vida y su recorrido por la Costa. Este *flash-back* permite enfocar el mundo costeño liberal de otra forma, aislándolo del juego de contrastes que le define como polo positivo en oposición al polo quiteño. Como Salvador, Roberto es primero víctima de una sociedad de valores falsos pues, arruinado por un socio socarrón, devoto y cofrade del Rosario, se ve obligado a emigrar a la Costa. En Guayaquil, la vida le resulta difícil y sólo consigue un modesto empleo en las Aduanas con cuyo sueldo apenas sobrevive la familia. Por si fuera poco, le arruina de nuevo la misma deshonradez y desprecio del potente hacia la ley y el humilde :

“Por haber un día pesquisado un contrabando de cacao, exigí me pagaran la prima que me asignaba la ley, y como el contrabandista era un personaje de campanillas, me botaron del empleo” (Martínez, 1989[1904]: 194).

Roberto pierde entonces su familia, víctima de la fiebre amarilla a la que sólo sobreviven él y su hija Consuelo. Miserable y amargado, se conforma con trabajar en la hacienda cacaotera, sin otra perspectiva posible, bajo las órdenes del administrador zambo, violento, grosero, inculto, lascivo y cruel. Las penas de Roberto no tienen recompensa pues muere en la misma hacienda a manos de un peón borracho. A su vez el mundo costeño y la hacienda resultan ser “una prisión sin esperanza de libertad” (Martínez, 1989[1904]: 192).

De modo que la Costa y su sociedad en advenimiento no representan en sí una esperanza para los humildes, pues no lleva consigo más justicia social. Y la prosperidad económica que significaría el liberalismo no es la de las masas, ni siquiera la de la “hermosa clase media”, sino la de los ricos, haciéndoles aún más potentes. La visión que propone de la naturaleza humana la novela es pesimista. Es la de un hombre egoísta, embrutecido por la lucha por la vida hasta renunciar a las virtudes que le dignifican. El hombre rebajado al estatuto de animal, guiado en definitivas por sus instintos, es tanto costeño como serrano. Y el trabajo costeño, lejos de ser la dignificación prometida por el liberalismo, es otra esclavitud, otra destrucción lenta del ser:

“¡ (...) Da pena ver llegar partidas de chagras de la Sierra, robustos y contentos, alucinados con el buen jornal, y verles a algunos, después, macilentos, tristes, inutilizados para el trabajo, ir a Guayaquil a morir en el hospital, o a gastar allí el último centavo que ahorraron a fuerza de trabajo y economías, y regresar, al fin, a la choza de su tierra, enfermos e inutilizados para siempre!” (Martínez, 1989[1904]: 197).

La Costa y sus promesas son una ilusión y un espejismo más. Domina la visión de un hombre instrumentalizado por la élite en el poder, para el cual el cambio político sólo significa cambiar de amo. A pesar de sus numerosas diferencias, de sus oposiciones y contrastes, el mundo serrano y el mundo costeño tienen una característica común que los reúne hasta convertirlos en sólo dos facetas de un mismo universo. En este universo incambiado e incambiable, sucumbe el hombre como individuo y persona. Sólo sobrevive la naturaleza, cuya victoria encarna la visión del Chimborazo que cierra la

novela, el “Chimborazo, que allá, en el confín del paisaje inmenso resplande[ce] con los últimos rayos del sol” (Martínez, 1989[1904]: 240). Si el hombre logra sobrevivir, ya no es como ser humano dignificado por su condición, por más miserable que sea, sino como mero elemento de la naturaleza, como especie y género natural.

La hipótesis planteada implícitamente por los paisajes, luego demostrada por los personajes convertidos en ejemplo-argumentos, es confirmada explícitamente por las voces narrativas.

Salvador encuentra de nuevo, por casualidad, a su amigo Luciano. Notemos que la novela está marcada por los encuentros entre los dos jóvenes representantes de los dos polos Sierra-Costa/conservadurismo-liberalismo, como insistiendo en los contrastes y las oposiciones simétricas que los caracterizan. Pero si en la primera parte de la novela funciona plenamente la oposición conservadurismo-liberalismo para definirlos, la oposición evoluciona en la segunda parte. En efecto, lo que les distingue ya no es la defensa de un modelo ideológico, sino ante todo su diferencia de condición social. Salvador, arruinado, tiene que sobrevivir pasando experiencias crueles y humillantes, cuando Luciano, gracias a la prosperidad familiar, tiene una vida agradable. El mismo Salvador nota el gran tren de viaje de su amigo camino a la Costa, sintiendo un fuerte “desagrado, aun cuando nunca fue envidioso” (Martínez, 1989[1904]: 155). Esta diferencia de condición social que ahora les opone subraya lo absurdo de la lucha ideológica, pues esta lucha en realidad se somete a intereses siempre iguales, los de los potentes. La lucha por el ideal parece un engaño, una ilusión, ya que la única lucha vigente es la lucha por la vida, la cual absorbe todas las fuerzas del hombre sin permitirle realización personal. Salvador, que renunció al ideal conservador, expresa a Luciano su desencanto en términos duros. Denuncia la facilidad de ser un revolucionario holgado, por lo tanto exento de la vida de soldado raso, que puede darse el lujo de ser “teórico” e incluso de ver fracasar su ideal por tener un porvenir garantizado:

“Tú siempre has sido revolucionario teórico, porque la fortuna te hace buena cara. Tienes familia honrada, bienes de fortuna, independencia y ves el día de mañana tranquilo y confiado. Yo tengo seguridad de terminar en anarquista, porque para mí la Providencia no existe” (Martínez, 1989[1904]: 152).

Lo interesante es que Luciano, el revolucionario romántico que defendió su ideal en el ejército liberal, tiende a hablar de su lucha ideológica como de un ímpetu de la juventud, un capricho de joven apasionado:

“Los tiempos pasan, yo he calmado mucho de mis furores revolucionarios” (Martínez, 1989[1904]: 152).

Pasados los ímpetus románticos de la juventud, creer en un ideal y defenderlo, quedan las realidades tangentes: la lucha por la vida, lo económico y social. La revolución parece más que nunca una ilusión, un sinsentido. El mismo Salvador, culto, refinado y educado, experimenta la rabia del paria social pobre y pisoteado, este instinto de supervivencia, esta energía de la desesperación que le convierten en un ser agresivo sin escrúpulos. En él nace una “idea loca” (Martínez, 1989[1904]: 155):

“La de hacer fortuna a través de todos los obstáculos y saltando sobre todas las conveniencias sociales para por medio de esa fortuna, aplastar a su vez a los desheredados de la sociedad” (Martínez, 1989[1904]: 156).

Aquí entendemos el verdadero alcance de la temática del viaje que incluso le da a la novela su título. El sentido del viaje en la obra va más allá del pretexto para construir una estructura de dos polos simétricamente opuestos. Si existe el viaje geográfico de la Sierra a la Costa con su sentido evidente de demostración, con el juego de repulsión-atracción, existe también un viaje interior. El doble viaje geográfico e interior recuerda las temáticas de la novela iniciática. A medida que Salvador va viajando, se abre a la realidad del mundo para luego saber leer tras las apariencias.

En efecto, entre todos los personajes esquemáticos, sin verdadera profundidad psicológica, sin personalidad matizada, que son respectivamente ejemplares de un tipo social, se destaca el personaje de Salvador. El es el único en evolucionar, tomando conciencia de la realidad que le rodea, poco a poco, a medida que sufre en carne propia la dura lucha por la vida. Aprende a ver detrás de las apariencias para captar el funcionamiento de la sociedad en que vive. Esta toma de conciencia se hace a la par que va viajando. A cada desplazamiento geográfico corresponde un escarmiento, y con él una nueva toma de conciencia, marcando una dolorosa iniciación al mundo.

Primero sale de Quito para Colombia, alistándose en el ejército contrarrevolucionario conservador. Descubre que no sirve un ideal sino a unos nobles del antiguo régimen, obsesionados con sus privilegios, egoístas, irresponsables, que no dudan en mandar a la muerte a sus soldados:

“Allí [en Colombia] vi en toda su ruindad la humana condición. En tanto que algunas docenas de ilusos moríamos de hambre en los pueblos colombianos de la frontera, y arriesgábamos a diario la vida, ciertos señores de dicho partido, imitadores ridículos de los emigrados franceses del siglo pasado, estaban lejos de todo peligro, bien comidos y vestidos, muy contentos con las publicaciones que hacían de folletos y periódicos majaderos, preñados de ridículas amenazas. Para esos príncipes destronados eran las oraciones de las monjas y el dinero enviado por los frailes; para ellos las alabanzas y aplausos de los conservadores ecuatorianos y los mismos de los colombianos; para nosotros hambre, balas, y desprecios” (Martínez, 1989[1904]: 150).

Esta toma de conciencia prepara a Salvador para que abra los ojos sobre la sociedad quiteña y su modelo conservador. De regreso a Quito, pasa cuatro años sobreviviendo marginalizado, despreciado por sus antiguos amigos. Estas nuevas experiencias le permiten ver los vicios que se esconden tras las apariencias y captar el sistema de contra valores que dirige a la sociedad quiteña:

“¿Creías tú, que en Quito, la ciudad católica, la ciudad de los conventos y de los ricos que se dicen nobles, hubiese gente que no tiene un pedazo de pan para llevarse a la boca, gente que es robusta y con voluntad de trabajar?” (Martínez, 1989[1904]: 152).

Escarmentado, Salvador rechaza el conservadurismo del que incluso se hace enemigo. Sin embargo, cabe notar que este rechazo no conlleva la adhesión al

liberalismo, como a primera vista la estructura de dos polos opuestos lo hubiera dejado suponer. Los escarmientos de la primera parte de la novela sólo lo amargan, creando una total desconfianza en el género humano, liberal o conservador. En este sentido, la trayectoria de Salvador escapa del esquema simétrico de la novela para dar a *A la Costa* un alcance mucho más rico y complejo. La novela no sólo propone un modelo ideológico o un proyecto de sociedad, sino una lectura del sentido de la vida humana.

En la segunda parte, Salvador tiende a ser “anarquista”, dedicándose a medrar a toda costa. Pero las experiencias en la Costa son otras amargas para el joven serrano, en una hacienda-prisión que tampoco le ofrece nuevas perspectivas. Confirman así su lectura del mundo como juego desordenado e incontrolado de relaciones de poder, en el que no ganan la inteligencia y la virtud, sino la fuerza brutal. Sin embargo se enamora de Consuelo quien le corresponde, única experiencia de amor y ternura en una naturaleza hostil y cruel con peones groseros y violentos. El matrimonio y la ascensión social son dos experiencias de éxito, pero sólo gracias a la intervención del *Deus ex machina* Velásquez, como si uno por sí solo nunca pudiera llegar a labrarse un destino y aún menos controlarlo. La lucha por la vida es una necesidad desesperada. No le permite a uno construirse una vida, sino sólo escapar de la muerte, sobrevivir, ganándose una prórroga en espera del siguiente escarmiento.

En efecto, la felicidad es de corto tiempo. A los siete meses, la polineuritis palúdica condena a Salvador a una agonía atroz, paralizándole hasta la muerte. En su lecho de muerte y totalmente paralizado, última experiencia, último escarmiento, el moribundo reflexiona sobre el sentido de la vida. Éste le parece absurdo, como si fuera un sinsentido más, pues tampoco la fuerza brutal garantiza la supervivencia:

“Un recién nacido, un infusorio, una planta misma, eran más activos, más soberanos que ese hombre en la plenitud de la edad. ¡Y ese hombre era el rey de la creación, el dueño de la naturaleza, el dominador de la materia! Ese hombre podía crear, amar y sufrir; pues sufrir es vida, y ahora esa vida era incapaz, absolutamente incapaz” (Martínez, 1989[1904]: 237).

Con esta última lección pasamos de nuevo detrás de las apariencias. En efecto, después de sus primeros escarmientos, Salvador veía al mundo como un juego de fuerzas instintivas dedicadas a luchar por la supervivencia. Pero esta dominación de la fuerza brutal es en definitiva frágil y muy relativa, y resulta ser una ilusión más, mera apariencia. En realidad el hombre que usa de esta fuerza también desaparece. La lucha por la vida de cada personaje de la novela no es sino una manifestación más de la supremacía de una naturaleza feraz, ni buena ni mala para con el hombre, que existe por sí, sin otro sentido que el de su propia supervivencia como un todo homogéneo.

5. CONCLUSIÓN

A la Costa muchas veces ha sido analizada como una obra coherente con su época tanto a nivel literario como ideológico. A nivel ideológico, la lucha conservadurismo-liberalismo da cuenta de los retos de la Revolución liberal de 1895. A nivel literario, por su carácter costumbrista, por su ambición realista, por la voluntad de retratar una

sociedad a nivel social, económico y desde luego ideológico, por la influencia positivista que explica en gran parte la caracterización de los paisajes y personajes, *A la Costa* es representativa de las corrientes vigentes en Ecuador en su época. Sin embargo, nos parece reductor definir la novela como un producto y un reflejo de su tiempo. En efecto, cabe destacar un juego de influencias literarias que, si bien al servicio de la demostración, enriquecen con algunos de sus motivos la trama de la novela: la tragedia, la novela de iniciación. La temática del viaje y la del mito del Eldorado guayaquileño cobran aquí valores nuevos, ya no sólo sirviendo una demostración esquemática y sistemática sino adelantando el pensamiento personal del autor.

En este sentido, la obra se convierte en el testamento no sólo ideológico sino personal e íntimo de Luis A. Martínez. Éste presencia desde su advenimiento las ambigüedades y las contradicciones de una Revolución liberal al servicio de los intereses de la nueva oligarquía. Más aún, a través del recorrido de Salvador, Martínez desarrolla la visión de su propio destino, con sus desengaños y desilusiones. Convencido de la necesidad de un ferrocarril hacia el Oriente para explotar allí los inmensos recursos naturales, impulsa el proyecto dedicándose por entero a su realización. Pero el proyecto no encuentra el apoyo suficiente y con el cambio de gobierno de Plaza a Lizardo García, Martínez tiene que salir del Ministerio. Decepcionado por la inercia y la estrecha visión del futuro nacional que proponen los representantes de su propio bando, golpeado por la muerte de su esposa, atacado en su salud por la enfermedad, disminuido físicamente, Martínez expresa en *A la Costa* escarmientos propios. Con la soledad y la amargura de un Salvador, *A la Costa* se convierte en una escritura autobiográfica, que transcende el esquema binario que estructura la obra para matizarlo y enriquecerlo con una profundidad emocional.

Referencias Citadas

- AYALA MORA, Enrique, 1981 - García Moreno y la gestación del Estado nacional en el Ecuador. *Revista Cultura*, N°10, Vol. IV: 141-174.
- DELER, Jean-Paul, 1981 - *Genèse de l'espace équatorien*, 281p.; Paris: ADPF.
- DEMÉLAS Marie-Danielle & SAINT-GEOURS, Yves, 1989 - *Jérusalem et Babylone. Politiques et religion en Amérique du Sud: l'Équateur, XVIII-XIX Siècles*, 213p.; Paris: Recherches sur les civilisations.
- DEMÉLAS, Marie-Danielle & SAINT-GEOURS, Yves, 1986 - Une révolution conservatrice à fondement religieux: l'Équateur, 1809-1875. in: *Estados y Naciones en los Andes. Hacia una historia comparativa: Bolivia, Colombia, Ecuador, Perú*: Vol. 2: 437-462; Lima: Instituto de Estudios Peruanos-IFEA.
- MARTÍNEZ, Luis A., 1989[1904] - *A la Costa*, 240p.; Quito: Libresa.
- MARTÍNEZ, Luis A., 1960 - Valor inconfundible de una época. *El año Ecuatoriano*, Año 8, N° 8: 46-59.